

INTRUSISMO

M^a José Daniel Huerta

*Maestra especialista de Educación Física y Educación Especial
3º de Pedagogía. Universidad Pontificia de Salamanca*

Probablemente no exista partida de nacimiento del intrusismo. Quizá sea una utopía escudriñar en la historia en busca de los orígenes de un fenómeno que ha tomado carga de naturaleza, y que con un descaro total se ha ido extendiendo en los últimos años en los salones de la cultura y del trabajo de la sociedad de nuestros días.

El intrusismo, técnicamente, se ha definido como la acción de introducirse sin derecho en una dignidad, jurisdicción, oficio o propiedad. En el ambiente normal el intrusismo es el ejercicio de una profesión sin título para ello. A esta última acepción es a la que me voy a referir en este artículo.

Un viejo tertuliano –cuando las tertulias tenían como escenario los cafés o las tabernas y todavía las emisoras no habían empezado a explotar los chismorreos políticos, económicos o sociales- aseguraba, desde su ironía atea y laica, que el inventor del intrusismo fue Salomón, que se metió a juez siendo lego en derecho, y que el que desarrolló la picaresca fue Jesús de Nazaret, que sin haber estudiado la ciencia de Galeno y Esculapio, se permitía curar ciegos y sordos, hacer andar a los paralíticos y hasta devolver a la vida a Lázaro.

A lo largo de la historia ha existido un auténtico elenco de estrellas de todas y cada una de las profesiones. Juristas, arquitectos, médicos, pintores, dramaturgos, escultores..., han grabado con letras de oro el nombre de su reconocido prestigio profesional.

Hasta la Universidad y los más altos centros de enseñanza, han llegado numerosas personas que iban a ejercer la docencia avalados por su historial profesional y por los éxitos logrados en el ejercicio de su trabajo.

También ha sucedido el fenómeno contrario, según el cual, artistas de “medio pelo” se convirtieron en auténticos maestros y preceptores de genios universales. Baste recordar como anécdota el nombre del pintor sevillano Pacheco, suegro e iniciador de Velázquez, o de forma parecida a Bayeu, también suegro y maestro de Goya.

Una de las conclusiones que parecen haber asumido todos los pedagogos del mundo es que resulta difícil encontrarse un maestro de alguna especialidad sin una base teórica de la disciplina y de los métodos de enseñanza. Puede afirmarse rotundamente, es que no tienen porqué ir unidos de la mano al matrimonio de la docencia el más alto nivel científico de un profesional y su capacidad para transmitir y hacer llegar sus conocimientos a los alumnos de una forma ordenada, progresiva, sistemática, en definitiva, eficaz.

Cuando uno se atreve a mirar alrededor y realiza una reflexión sobre el mundo que nos rodea, le entra cierto desasosiego y rebeldía en su fuero más íntimo.

Por vocación y convicción hay personas que hemos hecho un par de diplomaturas relacionadas con la educación. No conformes con el nivel alcanzado nos hemos lanzado al estudio de una licenciatura en Pedagogía. Nuestra pretensión es seguir profundizando en el terreno de la educación y la enseñanza.

Es curioso, pero cuanto más avanzamos en nuestra preparación pedagógica somos más conscientes de nuestras limitaciones y de la dificultad de la tarea formativa. Al fin y al cabo, se trata de un trabajo de máxima responsabilidad: la formación de los ciudadanos y responsables de la sociedad del futuro.

Cuanto más estudiamos mayor conciencia tenemos de la necesidad de profundizar en la forma, técnica y métodos de educación y enseñanza.

Al mismo tiempo, inconscientemente, hacemos una reflexión sobre las experiencias personales sufridas o las escuchadas a personas conocidas que se encontraron en el camino de su formación o de sus estudios, con sesudos/as eruditos, auténticos almacenes de conocimiento, que eran incapaces de transmitirlos.

Lamentablemente, muchas personas y numerosos especialistas que se decidieron por una determinada carrera o materia, una vez alcanzada la titulación correspondiente, se han decantado por la salida profesional de la enseñanza. Para alcanzar la categoría de docente su único requisito era la superación de unas pruebas de eminente contenido científico o técnico y con nulo o escasísimo bagaje pedagógico, lo que hoy conocemos con el nombre de «Título de Especialización Didáctica» (TED). Mientras que por ejemplo, un ingeniero, un químico..., pueden formar personas tras la superación de este título, que en ningún caso supera la duración de un año académico, nosotros, los pedagogos, no tenemos la oportunidad de realizar un curso de similares características para poder diseñar un puente, ni experimentar con fórmulas químicas, pues estas acciones son tareas específicas de ingenieros o químicos. Parece que para la educación y la enseñanza todos valemos, aunque sea para opinar, mientras que otras acciones o labores sólo pueden ser llevadas a cabo si posees el título correspondiente.

Hasta el mundo de la enseñanza y de la educación han llegado especialistas. Nadie puede discutir el nivel y la preparación científica de éstos, pero desde mi convicción vocacional de la enseñanza (como en todas las profesiones), desde mi elemental formación pedagógica, creo que en muchísimos casos han sido situaciones de auténtico intrusismo, propiciado por una normativa balbuceante en cuanto a las titulaciones se refiere y con más lagunas que una marisma en cuanto concierne a la provisión de plazas.